

**Introducción:  
La metafísica como deporte**

Juan Torbidoni

Apenas cruce el umbral de este dossier, el “lector saltado” de *Cuarenta naipes* experimentará un tropezón concienzudo: notará que esta vez el “Siete de oros” se multiplicó y “por magia de novela”, se hizo Diez (número de gran carga simbólica en estos días). Macedonio diría que en esta oportunidad eran tantos, que no entraban en un solo estadio –perdón, en un solo número. Y sin embargo los hicimos entrar.

Y es que no se trata de cualquier número, sino que esta vez hay sobrados motivos para celebrar. Los naipes de este dossier abren un juego con sabor a Copa de oros, un trofeo que ya no está sólo “tintineando esperanza” (como dice Borges), sino que se ha vuelto Pasión cumplida. Más importante aún, esto sucede en el 70 aniversario de la (no)desaparición de Deunamor, de Quizagenio, del Presidente. Y por eso, a diferencia de los aniversarios melancólicos, éste tiene que ver con expansiones y dispersiones, con circulaciones y con despliegues, con aventuras, campañas y complots. Pero tiene también una zona de ensueño, en la que se rebela enfáticamente contra el dogma de la vigilia, para encontrar en la siesta un remanso de afecto e imaginación. Ahí se vuelve inmersión, pasión pura, alma y entrega. Se sustrae a la tiranía del “yo” y construye un espacio para la comunión del equipo, de eso que llamamos “nosotros”.

La selección integrada por estos colaboradores ofrece un lujo inusitado de lecturas. Hay pases y cruces, talento y definición, pero, sobre todo, una riqueza de heterogeneidad, hecha de coincidencias y también de divergencias, interacciones que permiten jugar un juego distinto, buscando resolver situaciones, aunque siempre abriendo nuevos interrogantes. El juego que nos congrega es el de desentrañar algo del Misterio

que nos legó Macedonio, deporte que cada miembro de esta partida busca cumplir desde los más variados ángulos.

El dossier abre con una portada caricaturesca, en la que Tallon captura al Macedonio más cercano, al humorista y solitario indagador, pero también al niño, imagen entrañable que recuerda al Charlot (o Tramp) de Chaplin.

Luego se ofrece, de puño y letra de Macedonio, el capítulo “A los metafísicos”, de *No toda es vigilia, la de los ojos abiertos*, donde el pensador invita a sus lectores a preguntarse si acaso “hay algo más “juguete”, más cosquilla, más papirotazo, más cándido y mistificante, por mitades” que el sostener que la Irrealidad —es decir, el no sentir nada— pueda devenir lo Real. De lo que se trata, sostiene Macedonio, es de anular de una vez por todas el Yo.

Del padre pasamos al hijo: Adolfo de Obieta se posiciona en la esquina espacio-temporal de Mar del Plata y el año 1997, para evocar a Macedonio, “el menos viajero y andariego de los pensadores, ahora dilucidado lejos de su barrio-planeta”.

La sección crítica comienza con un artículo lleno de tonalidades y coloraturas, en el que Mónica Bueno lee la novelística de Macedonio como correlato de la música disonante moderna, asomándose al Belarte para establecer puentes entre el autor de *Una novela que comienza* y maestros vanguardistas como Schönberg, Stravinsky o Cage. No son las reverberaciones y resonancias melódicas, sino precisamente las disonancias las que le otorgan a la narrativa macedoniana su descomunal actualidad y vigencia.

Siguiendo en la línea del Belarte, Cecilia Salmerón Telechea explora los misterios quasi-esotéricos del arte macedoniano de la Siesta. No se trata de un mero descanso diurno, sino de una categoría polisémica, donde se cruzan experiencia, imagen poética y metatexto, vectores que confluyen en la eudemonología de Macedonio. Desde su teoría

de la Siesta, que es resistencia a los valores hegemónicos de la productividad y la eficiencia, se puede comprender en mayor profundidad su poesía y su mística.

También Julio Prieto se adentra en la eudemonología macedoniana, preguntándose por sus “tácticas para vivir” como vínculo con la filosofía de los afectos de Baruch Spinoza. Prieto investiga ese “límite doloroso entre subjetividad y materialidad”, que en Macedonio encuentra su salida en el “almismo ayoico”, y que entonces permite salidas humorísticas y prácticas teóricas, que cristalizan, por ejemplo, en el “chaplinesco avatar de Recienvenido” (que parecería describir la caricatura que abre el dossier).

Jorge Bracamonte visita el *Museo de la Novela de la Eterna*, desde donde nos explica la férrea oposición de Macedonio a la teoría realista o mimética de la novela, producción que se agota en copias, para rescatar, en cambio, “la escritura como un objeto astillado, como un gusanillo dibujado en la página”, lo cual remite a Lacan y al inagotable juego de significantes y significados. Entre los aciertos de este artículo está el de abordar estas cuestiones re-visitando el texto seminal de Germán García sobre Macedonio: *La escritura en objeto* (1975).

Graciela Montaldo reconstruye la campaña de Macedonio a presidente de la Nación, poniendo la agudeza de su ojo histórico en las técnicas de dispersión y diseminación, de influencias y saberes, para analizar las intervenciones de Macedonio en la escena cultural porteña de comienzos del siglo XX. Recrea, así, el momento político y su interacción con la cultura de masas, para mostrar cómo la candidatura presidencial de Macedonio recurre a técnicas subrepticias de difusión, moviéndose entre la idea, la iniciativa y la boutade.

La figura de Macedonio como Presidente es también el centro de las indagaciones de Ana Camblong, quien recupera el poco conocido dato de su puesto como Presidente

de la Biblioteca Popular de Posadas, en la provincia de Misiones. De allí, Camblong se remonta a la quijotesca presidencia de Macedonio en la Novela: esa polisémica figura de autor, le permite a Macedonio escribir, fantasear, desplegar teorías sobre la comunidad, pero también enamorarse de Consuelo-Eterna.

Por último, quien escribe estas líneas, se aventura en la apropiación idiosincrática que Macedonio realiza de Schopenhauer, argumentando que su noción de afecto y su prevalencia sobre la sensación pueden leerse como una transposición (o tropezón emocional) al ámbito sensible de la prioridad schopenhaueriana de la Voluntad sobre la representación.

La secuencia de enfoques críticos podría seguir indefinidamente, pero entonces correríamos el riesgo de que este dossier se hiciera cosmos. Y como admiramos el intelecto sereno y profundo de Macedonio, y asimismo conocemos su proverbial talento para gambetear todo lugar común, le pasamos la pelota a los lectores para que ellos tomen lo que quieran. Al hacerlo, queremos aplicar a estos ensayos críticos lo que Macedonio le advierte “Al lector salteado” sobre los personajes y sucesos de su novela: “sólo los insinuados, hábilmente truncos, son los que más quedan en la emoción y la memoria”.